

Pr 3,27-34 • Sl 14 • Lc 8,16-18

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: «Nadie enciende un candil y lo tapa con una vasija o lo mete debajo de la cama; lo pone en el candelero para que los que entran tengan luz. Nada hay oculto que no llegue a descubrirse, nada secreto que no llegue a saberse o a hacerse público. A ver si me escucháis bien: al que tiene se le dará, al que no tiene se le quitará hasta lo que cree tener.»



Si escondemos la luz le quitamos oxígeno. Puede empedeñarse y llegar a apagarse. La luz se retroalimenta y fortalece en un espacio abierto.

Jesús se sirve de esta imagen para invitarnos a robustecer nuestra identidad creyente desde una vivencia comprometida, expuesta a la intemperie.

No se trata de proponer exhibicionismo alguno, sino de asumir la dimensión testimonial de la fe, evangelizando la cultura y asumiendo las semillas de evangelio presentes en ella.

Para ello debemos superar la tendencia al secretismo espiritual y optar decididamente por vivir y manifestar nuestra fe con transparencia y naturalidad.

Pr 21,1-6.10-13 • Sl 118 • Lc 8,19-21

En aquel tiempo, vinieron a ver a Jesús su madre y sus hermanos, pero con el gentío no lograban llegar hasta él. Entonces lo avisaron: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte.» Él les contestó: «Mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra.»



.....
¿Qué lugar encuentra la escucha y la vivencia de la Palabra entre nosotros? El Marco de Identidad afirma: “Los paradigmas evangélicos fundamentan nuestra Hospitalidad” (MII, 25).

Nos preguntamos si no debemos hacer de la Palabra la fuente común en la que, al menos desde su antropología filosófica, toda la Comunidad Hospitalaria se nutra y se reconozca. En ella encontraremos los referentes para soñar y construir el presente y el futuro.


Desde sus fuentes la Hospitalidad se nutre en la Palabra y es en ella que debemos encontrar los itinerarios para recrearla.

.....

Pr 30,5-9 • Sl 118 • Lc 9,1-6

En aquel tiempo, Jesús reunió a los Doce y les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades. Luego los envió a proclamar el reino de Dios y a curar a los enfermos, diciéndoles: «No llevéis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan ni dinero; tampoco llevéis túnica de repuesto. Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si alguien no os recibe, al salir de aquel pueblo sacudíos el polvo de los pies, para probar su culpa.» Ellos se pusieron en camino y fueron de aldea en aldea, anunciando el Evangelio y curando en todas partes.

.....

 **El texto que hoy reflexionamos nos presenta el contenido de la misión apostólica: anunciar el Evangelio y curar a los enfermos. Hasta tres veces aparece el envío a curar, unido al de evangelizar.**

Estamos ante uno de los textos que fundamentan el carisma Hospitalario. Jesús cura dentro de su misión de Salvador, la curación es un “signo” de salvación.

En no pocas ocasiones institucionales se nos desdibuja esta unidad e intentamos separar lo terapéutico de lo evangelizador. Si repasamos la vida y obra de Jesús comprobaremos la profunda simbiosis que hay entre curación y sanación-salvación espiritual.

.....

Coh 1,2-11 • Sl 89 • Lc 9,7-9

En aquel tiempo, el virrey Herodes se enteró de lo que pasaba y no sabía a qué atenerse, porque unos decían que Juan había resucitado, otros que había aparecido Elías, y otros que había vuelto a la vida uno de los antiguos profetas. Herodes se decía: «A Juan lo mandé decapitar yo. ¿Quién es éste de quien oigo semejantes cosas?» Y tenía ganas de ver a Jesús.



Herodes quería conocer a Jesús, pero no tenía ningún interés por seguirle.

El racionalismo filosófico ha impuesto la convicción de que el conocimiento todo lo alcanza. El conocimiento es necesario, pero no suficiente para dar lugar a un proceso de conversión y seguimiento. Sobre todo cuando hay elementos personales profundos que inhiben nuestra capacidad de cambio.

No hace falta establecer falsos opuestos entre el conocimiento y las vivencias. Sí es preciso distinguir ambos procesos y asumir que mientras el conocimiento puede ser camino, lo esencial está en la meta: el encuentro transformador con Cristo.

Coh 3,1-11 • Sl 143 • Lc 9,18-22

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.» Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Pedro tomó la palabra y dijo: «El Mesías de Dios.» Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día.



Jesús sufriente, muerto y resucitado se muestra como paradigma de nuestra propia biografía y de la de las personas que acompañamos en nuestros centros.

Sin la perspectiva de la resurrección pierde sentido el compromiso de estar y luchar por la salud integral de cada uno de ellos. La dignidad absoluta de sus vidas radica en esta llamada a la plenitud en Dios. Como el Cristo de los Evangelios muchos entre ellos deben “sufrir mucho” y este sufrimiento es un escándalo y un sin sentido si lo privamos de la llamada a compartir su resurrección.

Coh 11,9-12,8 • Sl 89 • Lc 9,43b-45

En aquel tiempo, entre la admiración general por lo que hacía, Jesús dijo a sus discípulos: «Meteos bien esto en la cabeza: al Hijo del hombre lo van a entregar en manos de los hombres.» Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro que no cogían el sentido. Y les daba miedo preguntarle sobre el asunto.



Jesús acababa de curar a un enfermo mental y, estando todos *“maravillados por las cosas que hacía”*, anuncia por segunda vez su pasión. Advertiendo que no se quedaran extasiados con los milagros, que vendrían tiempos de rechazo, traición y muerte.

Para sus discípulos era imposible captar el significado de semejante anuncio. Aún lo es para nosotros, a pesar de contar con la perspectiva histórica del misterio pascual.

El misterio del dolor nos desorienta y sólo encuentra sentido si somos capaces de hacer el ejercicio creyente de releerlo a la luz de la resurrección.

Ez 18,25-28 • Sl 24 • Fl 2,1-11 • **Mt 21,28-32**

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: “Hijo, ve hoy a trabajar en la viña.” Él le contestó: “No quiero.” Pero después recapacitó y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: “Voy, señor.” Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?» Contestaron: «El primero.» Jesús les dijo: «Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia, y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no recapacitasteis ni le creísteis.»

Frase:

"Se arrepintió y fue".

Meditación:

No debemos fiarnos de las etiquetas de fidelidad o rechazo a la propuesta de vida de Jesús. *"Obras son amores y no buenas razones"*, reza el refranero popular y lo mismo parece repetir Jesús a sus contemporáneos.

Cuántas veces hemos sido sorprendidos por la bondad de quien considerábamos fuera de todo compromiso y cuántas nos hemos sentido desengañados ante la incoherencia del "justo".

Ser asertivos verbal y vitalmente implica un trabajo personal en el que debemos incluir el arrepentimiento en sus dos fases: ver el error y actuar el cambio.

Oración:

Señor, quiero y deseo vivir desde tu Palabra. Dame luz para reconocer mis errores; sencillez y fortaleza para rectificar el camino cada vez que me aparte de él.

Acción:

Identifico alguna actitud o acción en la que me vea fuera del camino evangélico. Reconozco el error y asumo alguna acción correctiva concreta.

